

Aunque no era la hora de cerrar, Cándido bajó las persianas de su peluquería y se lanzó a la librería más cercana.

-¿En qué puedo servirle? –le atendió una señora tirando a vieja.

-Busco el libro de los libros –dijo Cándido casi sin resuello.

-¿De qué autor es? –preguntó la señora.

-No sé –tartamudeó Cándido.

-¿De qué editorial? –insistió ella?.

Cándido se encogió de hombros.

-Sólo sé que es una especie de librillo libraco que da respuesta a todas las preguntas.

-¿En qué quedamos? ¿Es librillo o libraco?

-Las dos cosas. Y también es guía. Y manual de instrucciones.

-Pues no caigo... -La señora se rascó la barbilla-.

¿Lo anuncian en la tele?

Cándido volvió a encogerse de hombros.

-Si es tantas maravillas juntas, seguro que lo anuncian en la tele. ¡Ya sé! ¿No será éste? Se titula Manual de bricolaje para el hogar.

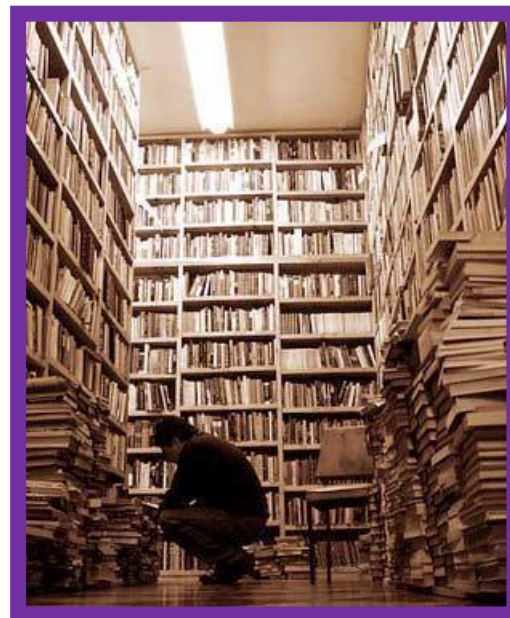
La señora hojeó el libro.

-Aquí dice que es un “pequeño gran libro”. Y viene de todo: desde cómo cambiar la goma de un grifo hasta cómo hacer simpáticos motivos navideños con rollos vacíos de papel higiénico. Utilísimo.

-¿Podemos buscar un poco más...? –musitó Cándido.

La señora empezó a pasearse por los estantes repletos de libros de la tienda, pasando el dedo por los lomos y leyendo títulos aquí y allá en voz alta:

-Antología de la literatura castellana... Éste es un libro de libros, y bastante gordo, pero que yo sepa no responde a preguntas... Las mil preguntas sobre el cuidado de su gato. Éste responde a muchas preguntas, pero no sé si a tantas como usted quiere... Mire, una guía: Guía de calles de Madrid... ¿ Tampoco?... ¡Oiga! ¿Qué tal éste? La señora sacó un libro de la estantería y le sopló el polvo.



-Diccionario de la lengua española –leyó-. Parece un librillo de nada, pero en realidad es un libraco, porque encierra todas las palabras. Es como un manual de instrucciones para usar la lengua, y cualquier cosa sobre la que usted se pregunte viene muy bien explicada.

-¿Es un libro de libros?

-Bueno, más que un libro de libros, es un libro de palabras, pero viene a ser lo mismo –dijo la vendedora muy segura.

¿Cómo lo mismo? –preguntó Cándido con un hilo de voz.

-Los libros están hechos de palabras y en un diccionario están todas las palabras que existen. Así que, si las combina usted bien, puede sacar de

aquí todos los libros del mundo. Y por sólo 2.340 ptas. ¿No es una ganga?

-Supongo –murmuró Cándido.

Como nunca estaba seguro de nada, no le llevaba la contraria a nadie. Se compró el libro.

¿Sería? ¿No sería? Cándido voló hasta su casa, se instaló frente a la mesa de la cocina, respiró hondo, abrió el diccionario por la primera página y leyó:

A: Primera letra del alfabeto. Se pronuncia con los labios muy abiertos y con los dientes separados aproximadamente un centímetro; la lengua, con el dorso elevado hacia la línea de separación entre el paladar duro y el velo del paladar y rozando con la punta los dientes inferiores...

Cándido trató de seguir las instrucciones del diccionario y sólo consiguió pronunciar un ruido estrangulado y morderse la lengua. Cerró el libro muy asustado.

“¡Demontres!”, pensó. “¿Y éste es el libro que va a responder a todas mis preguntas? Por su culpa voy a olvidar lo poco que ya sé. ¡Ya no puedo pronunciar la letra a!”

Se secó el sudor y esperó a que se calmara el ritmo de su corazón. Luego abrió la boca con recelo y probó a decir:

-A.

Le salió, qué alivio.

Quizá ese libro contestaba a demasiadas preguntas. Él no quería saber cómo se pronunciaba la letra a. Hay cosas que más vale no saber. Lo importante era buscar las respuestas a las cosas que le interesaban, para no hacerse un lío.

¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos? ¿Para qué estamos aquí? Ésas eran preguntas importantes. Para empezar...¿Quién era él, Cándido? ¿Sabría responder a eso el diccionario?

Cándido se chupó el dedo pulgar y empezó a pasar hojas hasta llegar a la que le interesaba. Con el corazón otra vez palpitante leyó:

Cándido: Puro, ingenuo, sin malicia y fácil de engañar. Persona que no tiene picardía: que supone siempre buena intención en los otros y cree los que dicen y a su vez habla y obra de buena fe y sin reservas.

Se puso rojo. ¡Era cierto! El libro daba respuesta exacta. Hablaba como si le conociera. ¡A él, la persona más insignificante que él mismo conocía!

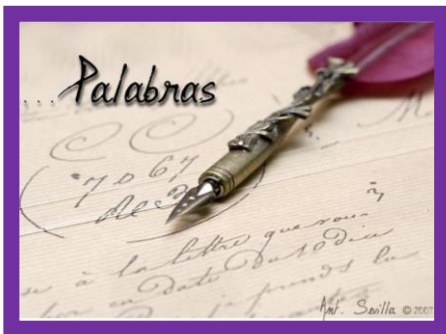
Siguió leyendo el resto de la definición:

Inocente, inocentón, infeliz, simple, tonto.

Ahora le insultaba y se quedaba tan ancho. Cándido tuvo ganas de pegar un puntapié al libro, pero se contuvo porque era un hombre muy pacífico.

-Tienes razón –dijo en voz alta-. Tengo que cambiar. Pero ¿Cambiar a qué? ¿Cómo?

El diccionario no contestó.



¿Dónde viene eso? –casi gritó Cándido pasando a toda velocidad las páginas.

Lo peor era saber que la respuesta estaba allí, encerrada en alguna parte, porque allí estaban todas las palabras, todos los libros y todas las respuestas.

-Pero se ve que soy demasiado tonto para buscarlas –murmuró Cándido al borde de las lágrimas. Y de puro cansancio y pura tontería, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Cándido se llevó el diccionario a la peluquería y empezó a leerlo pacientemente, desde la a.

-De acuerdo –se dijo-. Soy demasiado tonto para buscar las respuestas, pero si me leo todo lo que dice el libro, a la fuerza acabaré por encontrarlas.

Paloma BORDONS, El libro de instrucciones.

